



## NUESTRO CARISMA

Queridos amigos: *Laudetur Iesus Christus.*

En esta página de la "Ut Unum Sint" estamos recorriendo juntos los pasos iniciales de nuestro Instituto "Misioneros Siervos de los Pobres".

Es siempre emocionante ver cómo, desde el comienzo, el Espíritu Santo fue llamando a hombres y mujeres de distintos estratos sociales e historia personal, acomunados por el deseo de ponerse al servicio de los más pobres. Como respuesta a las primeras "cartas de fuego" del Padre Giovanni, llegaron desde Europa y desde América no solamente jóvenes varones, sino también jóvenes mujeres, seminaristas y hasta parejas de esposos con sus hijos: todos dispuestos a dar la vida para la evangelización de los más pobres.

Todos ellos, de una forma u otra, han hecho la misma experiencia: encontrándose con los pobres, se han encontrado con Cristo mismo. Han salido para la misión convencidos de poder ayudar con sus dones y talentos personales a los pobres y se han descubierto ayudados por los pobres mismos, en el sentido de que éstos han sido un canal especial para encontrarse con la riqueza más grande: ¡Dios mismo! Han salido hacia la misión "ricos", se han descubierto pobres y se han espiritualmente enriquecido. Desde este encuentro ha surgido el deseo de -o más bien el llamado a- devolver a los pobres encontrados la presencia de Jesús; y entonces, sólo entonces, han descubierto el verdadero significado de la palabra "misionero".

Éste es un punto clave de nuestro Carisma, que hemos ido descubriendo y experimentando: para poder verdaderamente servir a los pobres, tenemos que estar llenos de Dios.

En efecto, desde los albores del Instituto el Padre Giovanni ha alimentado la convicción de que a los pobres, a los niños a quienes servimos, debemos darles en primer lugar dar a Dios, haciendo todo lo posible a fin de que el servicio que les brindamos se convierta en un medio de santificación para nosotros mismos y para ellos. Esta convicción ha sido acompañada por otra: sólo si estamos llenos de Dios seremos capaces de darnos a los pobres, dándoles nuestro tiempo y nuestra vida, como ha hecho Jesús.

Afirmar que esto es un punto central del Carisma de los Misioneros Siervos de los Pobres puede parecer lógico e incluso evidente, situándose en el marco de la misión católica; sin embargo son muy pocos aquellos que se preocupan de enfrentar de manera al menos aceptable, si no brillante, el examen final de nuestra vida, el más importante de todos: "Tenía hambre, tenía sed, estaba enfermo, etc. etc. Y no me han dado de comer, ni me han dado de beber, ni me han visitado, etc. etc.". Se trata de un doble examen, con dos preguntas claves. La primera es: "¿han sido capaces de reconocermé en los

pobres?". A la cual sigue la segunda: "¿me han ayudado en los pobres?".

Esto conlleva el esfuerzo de no contentarse con pertenecer a algún grupo de voluntariado, por cuanto activo en muchos ámbitos, sino llegar a transformar el servicio a los pobres en una lógica consecuencia de la continua conversión que el corazón experimenta y que permite ver a Jesús que continúa sufriendo bajo los rostros y la miseria de muchos hermanos.

Ésta es la auténtica mentalidad misionera que, como nos recuerda a menudo el Papa Francisco, marca la fundamental distinción entre la Iglesia y una ONG, aunque ésta pueda tener encomiables finalidades filantrópicas: se trata de una mentalidad que debe alimentarse ya en el ambiente familiar y debe acompañar nuestro diario caminar en los acontecimientos de nuestra vida, porque debe caracterizar a toda la Iglesia.

Por ello nunca nos cansaremos de repetir que el Carisma de los Misioneros Siervos de los Pobres no está limitado a los territorios de misión llamados tradicionalmente "*ad gentes*", sino que es un don de Dios que debe ser vivido también en las realidades del "primer mundo". En efecto el "*Opus Christi Salvatoris Mundi*" no nació tan sólo para ayudar a los pobres de los países en desarrollo, sino también para renovar la Iglesia, penetrando en el corazón de los buenos católicos para llevarlos a tomar conciencia de los pobres que sufren hoy.

No podemos comprender los sufrimientos de los Indígenas que viven lejos de nosotros si no comenzamos a ser sensibles a los sufrimientos de aquellos que necesitan amor y están a nuestro lado, viendo en todos ellos a Cristo sufriente. Comencemos a amar concretamente a aquellos que sufren cerca de nosotros, para poder comprender los sufrimientos inhumanos de nuestras poblaciones indígenas.

Sería muy feo, poco evangélico y hasta engañoso, gastarse en actividades ligadas a la misión y olvidarse de las obras de caridad material y espiritual hacia los que tenemos a nuestro lado.

Si queremos volver a dar vigor a los grupos misioneros que durante tanto tiempo han sido fuego misionero para las parroquias y las comunidades, debemos volvernos protagonistas del contagio de esta renovada mentalidad misionera.

Para este período, entonces, tomamos el compromiso de pedir a Dios el don de un corazón misionero capaz de dejarse llenar de su presencia, para ver los sufrimientos de los demás con la mirada divina y así saber acompañarlos con la misma entrega de su Hijo.



# Reflexión Bíblica

## *“Hicieron una redada de peces tan grande...”*

P. Sebastián Dumont, msp (belga)

Querido amigo:

En el anterior artículo meditamos sobre la obediencia llena de fe de San Pedro, quien le decía a Jesús: “Por tu palabra echaré las redes” (Lc 5, 5)... Hoy día queremos contemplar la abundancia de los frutos que trae consigo esta dócil obediencia del primero de los Apóstoles.

**Escucha:** “Y, puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse. Entonces hicieron señas a los compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Vinieron y llenaron las dos barcas, hasta el punto de que casi se hundían” (Lc 5, 6-7).

**Medita:** *“Hicieron una redada tan grande de peces”*: pocas veces, quizá ninguna, Pedro había pescado tanto como en aquella ocasión, precisamente cuando todos los indicios humanos señalaban la inutilidad de aquella empresa. Este milagro lleva una gran enseñanza: sólo cuando se reconoce la propia inutilidad y se obra por pura fe en el Señor, poniendo a la vez todos los medios humanos disponibles, el apostolado se vuelve verdaderamente eficaz y produce frutos muy abundantes. El motivo es que es Jesús quien realiza el prodigio, como respuesta a la docilidad de Pedro a su palabra.

Como enseña el Concilio Vaticano II: “Toda fecundidad del apostolado depende de la unión vital con Cristo” (*Apostolicam actuositatem*, n° 4). Esa “unión vital”, a la cual todos aspiramos, significa, en el día a día, una atención amorosa y una docilidad pronta a secundar las menores señales del Maestro.

*“Las redes comenzaban a reventarse”*: esta expresión manifiesta que estamos al límite de lo humanamente imaginable. Estamos ante la “sobreabundante generosidad” de Aquel que no se cansa de dar y dar y dar... El poder de Jesús, presente y obrante en la Iglesia, es un poder que va mucho más allá de lo que pueden concebir o hacer los hombres... En Juan 21, 6-7 la pesca “sobreabundante” es el motivo por el cual el discípulo amado reconoce la presencia de Jesús resucitado, al que antes, mientras caminaba en la orilla, ninguno había reconocido. Estemos también nosotros atentos a saber reconocer en nuestras circunstancias las grandes obras de Dios: la abundancia de frutos es un signo del obrar de Dios, quien camina en la orilla de nuestra vida.

*“Casi se hundían las barcas”*, pero no se hundían... A veces el Señor nos pone en situaciones extremas, que humanamente parecen desbordarnos o parecen desesperadas. Sin embargo, ¡la barca de la Iglesia no

se hunde nunca! La Iglesia es puerto de salvación para todos, porque la guía Aquel que ha vencido al pecado y a la muerte. Los mártires y los santos nos han precedido en esta fe “atrevida”: han creído en Aquel que es capaz de salvarlos de la muerte. ¡Auméntanos la fe, Señor, en las situaciones de apuro!

*“Hicieron señas a los compañeros”*: Jesús ya había dicho: “Echad las redes” (v. 4), confiando el trabajo a varios. Es muy bonito ver que el Señor no hace el milagro sin el trabajo de Pedro, pero tampoco lo deja sin ayuda. Ya desde el inicio se dice “puestos a la obra” (v. 6), en plural: algún compañero, aún sin nombrarlo, ya estaba con Pedro ayudándole. Y ante una situación que lo requiere, al hacer éstos unas señas, el Señor manda también más colaboradores (vv. 7 y 9). Esto nos enseña a no temer “hacer señas” cuando nos veamos en necesidad: no temer pedir ayuda. Lo mismo que los pajaritos saben piar para hacer oír que necesitan comida, así el Señor nos dice: *“Pedid, y se os dará”* (Mt 7, 7). Incluso el Padre Giovanni nos dice muchas veces que “el Señor alimenta a los pájaros del cielo (cfr. Mt 6, 26), pero no les lleva el alimento al nido”. En la misión de la Iglesia, solos no podemos hacer gran cosa: el Señor nos ha llamado a formar parte de la Iglesia y nos quiere salvar en la Iglesia, con el concurso de la comunidad. La misión de la Iglesia es tan universal que necesita la colaboración de muchos.

*“Vinieron y llenaron las dos barcas”*: este evangelio nos enseña, por lo tanto, a estar atentos a las “señas” que nuestros hermanos nos hacen; o, más bien, a los signos que el Señor nos da a través de nuestros hermanos. Este trabajo, esta colaboración que se nos pide, enriquecerá a ambas partes, pues “llenaron las dos barcas”. “Dando se recibe”, dice una oración atribuida a San Francisco de Asís, y esto lo experimentamos muchas veces en la misión: recibimos mucho más de lo que damos.

Esta pesca milagrosa constituye, en San Lucas, el fundamento para la llamada de San Pedro Apóstol, para la nueva misión que Jesús le confía, que será el ser *“pescador de hombres”* (Lc 5, 10). Sobre ello meditaremos la próxima vez...

**Ora:** *“La fe, si no tiene obras, por sí sola está muerta”* (St 2, 17). Ayúdame, Señor, a traducir mi fe en obras, en una dócil obediencia.

**Vive:** Me pondré a la obra, en mi vida diaria, atento a las señales del divino Maestro.

# Reflexión Patrística

## *San Ireneo de Lyon (II)*



*P. Walter Corsini, msp (italiano)*

Queridos amigos: Laudetur Iesus Christus.

Continuamos en nuestro descubrimiento de la figura del Obispo y Padre de la Iglesia San Ireneo de Lyon.

Terminábamos el precedente artículo lanzando, con San Ireneo y con el Papa Francisco, la alarma frente a las distintas formas de gnosticismo elitista.

Veíamos cómo el dualismo es un elemento común de estas diferentes corrientes de gnosticismo o gnosis, es decir, de aquella herejía que niega la fe en el único Dios, Creador y Salvador del hombre y del mundo. Para explicar el mal en el mundo, los gnósticos afirmaban y afirman que, junto al Dios bueno y “principio positivo”, existe un “principio negativo” (una realidad con el mismo poder del principio positivo, pero con objetivo opuesto). El principio negativo explicaría la presencia del mal en el mundo (mal que ya no tocaría el ámbito de la responsabilidad personal o, al menos, lo tocaría de forma muy periférica) y sería el creador de la materia y, por ende, de todas las cosas materiales.

San Ireneo rechaza el dualismo y el pesimismo gnóstico que devalúan las realidades corporales. Reivindica con decisión la santidad originaria de la

materia, del cuerpo, de la carne, al igual que la del espíritu, en cuanto todo es creación de Dios.

Esto no quiere decir rechazar la existencia del demonio (y del mal por él suscitado), sino afirmar su existencia en cuanto creatura de Dios y por ende inferior a Él, pero que, aunque bueno en su origen, le desobedeció y se opuso a Él, condenándose así, sin perder por esto su carácter de creatura.

San Ireneo es uno de los grandes Padres de la Iglesia también por el hecho que continúa iluminando hoy muchas desviaciones del recto camino de la doctrina católica; en efecto, ¡cuántos son los dualistas también hoy, a veces sin darse cuenta!

Efectivamente, no han faltado y no faltan cristianos que menosprecian las realidades de este mundo considerándolas dañinas para el camino espiritual, sin caer en la cuenta de que es en ellas en donde estamos llamados a santificarnos. Igualmente no faltan aquellos que consideran las propias fragilidades y pecados como algo normal, dada la condición humana, en cuanto fruto del “principio negativo” existente y, consecuentemente, no asumen el compromiso de combatirlos con un camino



de conversión que haga reinar Cristo en la propia vida: se confiesan sí, pero de forma pesimista, sin acoger el desafío de Cristo a la santidad y así permitir que su victoria sobre el pecado se haga realidad en la propia existencia.

En el centro de la doctrina de San Ireneo se encuentran dos temas: el de la "regla de la fe" (que para él, en la práctica, coincide con el Credo de los Apóstoles, clave para leer, interpretar y comprender el Evangelio) y el de su transmisión.

De hecho, el Evangelio predicado por San Ireneo es el que recibió de San Policarpo, obispo de Esmirna; y el Evangelio de San Policarpo se remonta al apóstol San Juan, de quien fue discípulo. De este modo, la verdadera enseñanza no es la inventada por los intelectuales que pretenden superar la fe sencilla de la Iglesia. El verdadero Evangelio es el transmitido por los obispos, que lo recibieron, en una cadena ininterrumpida, de los Apóstoles, testigos directos de los hechos y las palabras de Jesús, del cual recibieron autoridad y mandato para anunciar la Buena Nueva a todas las naciones. Ellos nos enseñaron la fe sencilla, que es también la verdadera profundidad de la revelación de Dios. Como nos dice San Ireneo: *"No hay un cristianismo superior para intelectuales"*. La fe confesada públicamente por la Iglesia es la fe común de todos. Sólo esta fe es apostólica, pues procede de los Apóstoles, es decir, de Jesús.

En el océano de importantes aportaciones que San Ireneo nos ha ofrecido y que han sido de capital

importancia también para el sucesivo desarrollo de la teología, es decir de aquella ciencia que, de rodillas, busca dar razones de la fe, queremos aquí, aunque sea rápidamente, esbozar algunas.

**Trinidad.-** Hemos visto cómo, frente a los dualistas, San Ireneo subraya la identidad del Dios verdadero con el Creador del mundo y Padre del Logos y señala que las tres Personas divinas existían antes de la creación: la inmediata consecuencia es que todo lo creado no es fruto de la casualidad, sino que es la manifestación de un gran proyecto de amor.

**Cristología.-** San Ireneo retoma de San Pablo la teoría de la recapitulación del universo en Cristo, pero con un matiz nuevo: Dios restaura en Cristo el plan originario de la salvación de la humanidad que la caída de Adán había interrumpido, y lo reorganiza en el Hijo encarnado, que viene a ser para nosotros un segundo Adán.

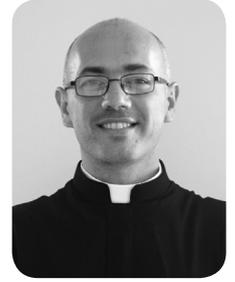
**Eucaristía.-** San Ireneo sostiene que la Eucaristía es el camino ordinario que lleva a cabo el proceso de recapitulación de todo lo creado en Cristo, en especial del hombre, hasta la plena sanación con la resurrección de la carne.

¡Que el encuentro con San Ireneo aleje de nuestro corazón toda posible huella de dualismo y renueve en nosotros el deseo de un auténtico camino de conversión, para poder experimentar cada día más la recapitulación de toda la creación en Cristo y anunciarla con gozo a todos!



# Reflexión Eclesiológica

## La Eucaristía, vida del bautizado



P. Giuseppe Cardamone, msp (italiano)

En los últimos artículos hemos puesto en evidencia algunos aspectos del Bautismo, subrayando sobre todo el hecho que la interioridad y la fuerza de este Sacramento nos hacen realmente hijos de Dios y cómo este nuevo ser recibido se manifiesta especialmente en la virtud de la obediencia amorosa, confiada y filial, que constituye el centro más profundo del Corazón de Cristo.

Presentábamos el Bautismo como una realidad viva en nuestro corazón, una realidad que nos pone en relación de vida con el Padre por medio de Jesús, como hijos en el Hijo. Para ello, decíamos que es crucial la unión con Jesús, porque en Él tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu (cf. Ef 5, 18).

Hoy, continuando en el desarrollo de este tema, queremos reflexionar sobre la interioridad del Bautismo que se hace viva en la celebración de la santa Eucaristía, donde más que en ningún otro momento Jesucristo se presenta como el único Mediador entre Dios y los hombres (cf. 1 Tim 2, 5). Su mediación consiste en abrir de par en par su Corazón obediente para que en ello encontremos fuerza y alegría para obedecer a la Voluntad del Padre como Él quiere.

Ya hablamos un poco, en uno de los artículos anteriores, sobre el significado de la Eucaristía para la Iglesia, recordando cómo la Eucaristía no es una realidad meramente estática, sino que conlleva (al igual que cada uno de los sacramentos) una dinámica sacramental, que incluye, entre otros aspectos, la ofrenda de uno mismo al Padre por medio de Jesucristo y la comunión sacramental con Jesucristo, las cuales son dos maneras complementarias, una espiritual y otra sacramental, de unirnos a nuestro Señor Jesucristo y así tener acceso al Padre como hijos en el Hijo. De esta manera vivimos la virtualidad de nuestro Bautismo y se fortalece en nosotros el sello sacramental, el carácter de cristianos.

En efecto, la Eucaristía, memorial de la gloriosa Pasión del Señor, nos hace presentes sacramental y espiritualmente debajo de la cruz de nuestro Señor. Es por esto que en la santa Eucaristía, con las palabras de la consagración (*"Esto es mi Cuerpo, que se entrega por vosotros"*). – *"Éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la Alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por muchos, para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía"*) se hace presente de una manera sacramental la obediencia de nuestro Señor, que en la cruz se ofrece al Padre como Hijo Perfecto, haciendo Su Voluntad.

Jesucristo se entrega ante todo al Padre, en obediencia amorosa. Su entrega filial, su obediencia, es *"hasta la muerte y muerte de cruz"* (Flp 2, 8). Es por eso que la Eucaristía es la representación sacramental de la obediencia de Jesucristo al Padre. Es decir, en la santa Eucaristía se hace presente el acto de obediencia de Jesucristo al Padre, en la cruz, en perfecta continuidad con

la ofrenda eterna de obediencia amorosa y filial del Hijo de Dios al Padre. Nosotros, entrando en este acto de amor, en esta entrega del Hijo perfecto, somos configurados cada vez más como hijos, así que nuestra imagen se va asemejando más y más al Hijo de Dios, *"la Imagen del Dios invisible"* (Col 1, 15).

Estas palabras introductorias quizás nos ayuden a penetrar la hermosa intuición de Papa Benedicto XVI, que vale la pena no solamente meditar, sino también poner en práctica en cada celebración eucarística:

*"Forman parte de la existencia cristiana tanto el Sacramento del Bautismo, la acogida en la obediencia de Cristo, como la Eucaristía, en la que la obediencia del Señor en la cruz nos abraza a todos, nos purifica y nos atrae dentro de la adoración perfecta realizada por Jesucristo"* (*Jesús de Nazaret*. II, p. 274).

Parafraseando estas palabras del Papa Benedicto XVI, podemos decir que la obediencia de Cristo en la Eucaristía es una realidad viva que nos abraza, nos purifica y nos atrae dentro de su adoración perfecta, que consiste en su entrega filial y amorosa.

Nuestro ofrecimiento diario al Padre por medio de Jesucristo, nuestro "sí", unido a su "Sí" en la santa Misa, se hace día tras día más real, puro y auténtico. Es por esta razón que todos los fieles laicos están invitados a pronunciar en su corazón la ofrenda eucarística de sí mismos junto con la ofrenda de Jesucristo, hecha por medio del sacerdote que celebra la santa Misa *«in Persona Christi»*, personificando a Cristo. En ese momento se realiza entre nosotros y el Señor una unión de voluntades en la que Su Voluntad atrae a la nuestra dentro de Su eterno, perfecto, amoroso e incomparable "Sí" al Padre y dentro de su mirada silenciosa de Hijo en el seno de la Santísima Trinidad. La Comunión sacramental hace que esta unión sea aún más fuerte y más perfecta, la hace física, por el Espíritu Santo que recibimos, que nos transfigura cada vez más en miembros del Cuerpo de Cristo.

¡Cuántas veces, en nuestro camino terrenal, la Providencia quiso que nos encontráramos en situaciones límite, con poca luz y quizás con el abismo del pecado a nuestro lado... En esos momentos, más que nunca, tenemos que ofrecer a Dios, en la santa Eucaristía, nuestra voluntad de hijos, a veces débiles y rebeldes, y de esta manera unir las a la voluntad de Jesucristo, para que encuentren en Él la fuerza y el ánimo para asumir las cargas apostólicas y ordinarias de la vida cristiana, aquel yugo llevadero y aquella carga ligera que el amor de Dios pensó para nosotros, desde toda la eternidad (cf. Mt 11, 30).

Ser hijos de Dios es por lo tanto un camino de progresiva asimilación a Jesucristo. Si por el Bautismo recobramos la imagen de Dios en su Hijo Jesús, por la Eucaristía esa imagen se transforma para que se asemeje más y más a Jesucristo, *"la Imagen visible de Dios"* (Col 1, 15). A Él la gloria, el honor y el poder por los siglos de los siglos.



# Reflexión Moral

## Las virtudes teologales

P. Agustín Delouvroy, msp (belga)

**Introducción:** En artículos anteriores expliqué la necesidad de nuestra colaboración y nuestro esfuerzo (las virtudes humanas) para alcanzar la vida según las bienaventuranzas. En este artículo pretendo aclarar que la vida según las bienaventuranzas y las virtudes que ella implica son obra del hombre, pero más aún son obra de Dios en el hombre. La vida del cristiano según las bienaventuranzas se arraiga en las virtudes teologales.

1º Una virtud que brilla en el Nuevo Testamento y que, por ser tan pequeña, casi siempre es olvidada por los hombres es la humildad. Y con ella es olvidada también la penitencia. **La humildad es una virtud muy propia del cristianismo y es la medida de la distancia entre el hombre y Dios.** Es también la virtud que nos permite percibir la obra de Dios en nuestra vida.

2º *“Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena Noticia a toda la creación. El que crea y se bautice se salvará. El que no crea se condenará”* (Mc 16, 15-16). **La fe es necesaria para la salvación** y nos lleva a la esperanza y la caridad. Estas tres virtudes que llamamos “teologales” no son un añadido a las virtudes humanas y la vida dichosa sino su misma raíz. Mucho puede presumir el ser humano, pero todo se esfumará sin la fe, la esperanza y la caridad. Las virtudes sobrenaturales, después del pecado original, están también en la raíz de nuestra misma humanidad. **El hombre no puede ser plenamente hombre ni salvarse sin la fe, la esperanza y la caridad.**

Es continua la referencia de la Sagrada Escritura a estas tres virtudes como a los principios de la vida cristiana: *“Como hijos de la luz vivamos sobriamente, vestidos de la cota de la fe y la caridad, y el yelmo de la esperanza”* (1Ts 5, 8). De acuerdo con esta enseñanza bíblica, el Concilio de Trento declaró que *“en la misma justificación, juntamente con la remisión de los pecados, recibe el hombre las siguientes cosas, que se le infunden por Jesucristo, en quien es injertado: la fe, la esperanza y la caridad”* (Concilio de Trento, Sess. VI, c. 7, DS 1530/800).

3º Para llegar a la vida dichosa que nos anuncia el Señor no bastan las virtudes humanas. **Éstas “se arraigan en las virtudes teologales que adaptan las facultades del hombre a la participación de la naturaleza divina** (cfr. 2Pe 1, 4). Las virtudes teologales se refieren directamente a Dios. Disponen a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad. **Tienen como origen, motivo y objeto a Dios Uno y Trino”** (Catecismo de la Iglesia Católica, nº 1812).

4º Junto con la gracia santificante se infunden en el hombre las virtudes teologales. **Las virtudes teologales son el fruto de la misteriosa presencia de la Trinidad en el alma, mediante la gracia creada.** Consisten en una participación gratuita y sobrenatural en el conocimiento y amor intratrinitarios. Toda virtud está hecha de conocimiento y amor de un bien humano, que adquiere su plenitud de sentido en el conocimiento y amor de Dios. La vida de la gracia prolonga ese conocimiento y ese amor más allá de las fuerzas naturales del hombre. Sólo por la luz de la fe, la inteligencia creada puede conocer la vida divina y gozar de la visión beatífica, asintiendo a lo que Dios le ha revelado con su vida, su obra y su enseñanza. A la vez, por la esperanza en las promesas de Dios, que hace confiar en que con su ayuda podemos alcanzar un fin tan alto, la voluntad se mueve a intentarlo. Además la caridad nos confiere el amor efectivo a nuestro fin sobrenatural, por una cierta conformidad con Dios mismo: *“Dios es caridad, y el que permanece en la caridad permanece en Dios, y Dios en él”* (1Jn 4, 16). Estas tres virtudes constituyen como la esencia y el fundamento de la vida cristiana.

5º No **se trata** de actitudes para enfrentar ciertos momentos decisivos o extraordinarios, **sino de las disposiciones permanentes del cristiano que quiere vivir como hijo de Dios:** “El cristiano, en su existencia ordinaria y corriente, en los detalles más sencillos, en las circunstancias normales de su jornada habitual, pone en ejercicio la fe, la esperanza y la caridad, porque allí reposa la esencia de la conducta de un alma que cuenta con el auxilio divino” (San José María Escrivá de Balaguer).

**Para la vida:** En la oración, en la escucha de la Palabra de Dios, en recibir los sacramentos hacemos la experiencia de una fuerza que no es nuestra y que llama a la puerta para transformar toda nuestra vida.

**Para la oración:** “¡Dios mío, yo creo, adoro, espero y te amo! ¡Te pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan, no te aman!”. “Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo te adoro profundamente y te ofrezco el Preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los sagrarios del mundo, en reparación de los ultrajes con los que Él es ofendido. Por los méritos infinitos del Sagrado Corazón de Jesús y del Inmaculado Corazón de María, te pido la conversión de los pecadores” (Oraciones reveladas por la Virgen María a los pastorcitos de Fátima).

# Reflexión Vocacional

## Elogio del silencio (II)



P. Álvaro Gómez Fernández, msp (español)

Hay silencios y silencios...

Está el silencio exterior, pero también el interior. Cuando son silencios “buenos”, normalmente el uno llevará al otro, y el otro al primero. Pero ¡cuidado, porque de ambas clases los hay también de los “malos”!

Me explico mejor con algunos ejemplos de uno y otro.

En cuanto al **silencio interior**, en general, se trata de acallar aquellas cosas que nos pueden distraer o incluso desviar de lo verdaderamente importante (Dios): mi yo (con sus dosis de amor propio), miedos, pasiones, tentaciones, preocupaciones (hay que “ocuparse”, pero nunca “preocuparse”). La preocupación conlleva mucha falta de confianza en Dios y muy fácilmente nos lleva a la ansiedad, la angustia, o sea, a perder la paz, lo que lógicamente no puede ser de Dios: *“tened cuidado: no se os emboten vuestros corazones... con las preocupaciones de la vida”* (Lc 21, 34).

Pero es que también podemos estar silenciando la voz de Dios, y éste sí que es un silencio interior malo. Podemos estar sintiendo que el Señor nos pide algo, ese “algo más” que en un primer momento parece “incomodarnos” porque nos desestabilizaría, rompiendo nuestros planes; entonces lo desatendemos; ponemos en “off” esa voz de nuestra conciencia a través de la que Dios nos habla desde lo profundo de nuestra alma. Así, para acallar mejor esa divina voz, corremos el enorme peligro de buscar “santos paliativos” o sustitutivos o como les queramos llamar.

Por ejemplo, con todo lo bueno que tienen los voluntariados en sí mismos, ¡cuántos jóvenes recurren a ellos como “sucedáneos” de entrega parcial y limitada a esa otra entrega total y radical que intuyen (o saben) que Dios les está pidiendo! (¡Así acallo la conciencia y me quedo -o trato de quedarme- tranquilo!...).

Y, como los voluntariados, igualmente los “grupos de oración”: ¡cuánto bien hacen! Pero esto me da pie a proponer otro ejemplo, entre tantos que nos puede sugerir nuestra retorcida mente, animada por el *“padre de la mentira”* (Jn 8, 44) al que le gusta disfrazarse de ángel de luz (2 Cor 11, 14); esto es: el de incluso “pretender” un mayor compromiso con la oración (sobre todo a través del recurso a participar en algún grupo) para de ese modo no tener que ceder a esa otra invitación de un más serio compromiso apostólico. Claro que también se puede dar el caso inverso: caer en el activismo para acallar la invitación del Señor a consagrarnos más a la oración. Sabemos aquello de *“in medio stat virtus”*, y qué difícil es muchas veces guardar el sano equilibrio. Y nosotros, ¡qué retorcidos!

Y pasemos a tratar de discernir o identificar también los peligros (o trampas) de ciertos **silencios exteriores**: sobre todo los benditos “mutismos” con los que tanto daño podemos hacer.

A esto se suma la tendencia de hacer del vicio una virtud: siempre poner atención a que el “mentiroso” no se cansa de meter siempre su zarpa en todo. Hay silencios (en matrimonios, en familias, en comunidades religiosas...) que “matan”: individuos super simpáticos con las visitas y los de fuera, pero unos cactus secos de puertas adentro. ¡Podemos hacer mucho daño con hechos, con palabras, con un simple gesto, pero también con nuestro silencio! Es cierto que es preferible no decir nada a decir algo de lo que podamos arrepentirnos, pero también es mejor (lo ideal) tener una palabra amable o al menos una significativa sonrisa (que siempre será un ejercicio, a veces heroico, de caridad efectiva) que un silencio con el que podríamos estar demostrando nuestra intolerancia o falta de perdón.

Otro ejemplo de silencio exterior malo es el que podemos identificar, de modo general, como pecado de omisión. Quizás no son los pecados de omisión aquellos de los que más seamos conscientes y nos contristemos fácilmente... pero creo que el no haber hecho el bien que pudimos hacer puede llegar a ser más grave -y por lo que quizás no tengamos cargo de conciencia-, que el mal que cometimos y del que siempre podemos arrepentirnos.

Tenemos varios significativos ejemplos de pecados de omisión en la práctica de las obras de misericordia, sobre todo (en lo que respecta al tema del silencio) en las “espirituales”: corregir al que se equivoca, dar un consejo al que nos lo pide, consolar a los afligidos, etc.

Concreto en un tema: el de la injusticia. El que la haya vivido alguna vez sabrá lo difícil que es no defenderse frente a un insulto o a una calumnia (pues nuestro instinto de conservación se rebela), guardar silencio no sólo exteriormente, sino también y sobre todo interiormente (no juzgando al que me está haciendo mal; no permitiéndome deseos de venganza; no quejándome...). Pero considero que este guardar silencio es heroico cuando lo vivimos con esa misma disposición de paciencia, humildad y obediencia de Cristo, el Cordero inocente inmolado, al que nos une más (con una potencialidad elevada a la enésima) por seguir sus huellas: “fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca” (Is 53, 7).

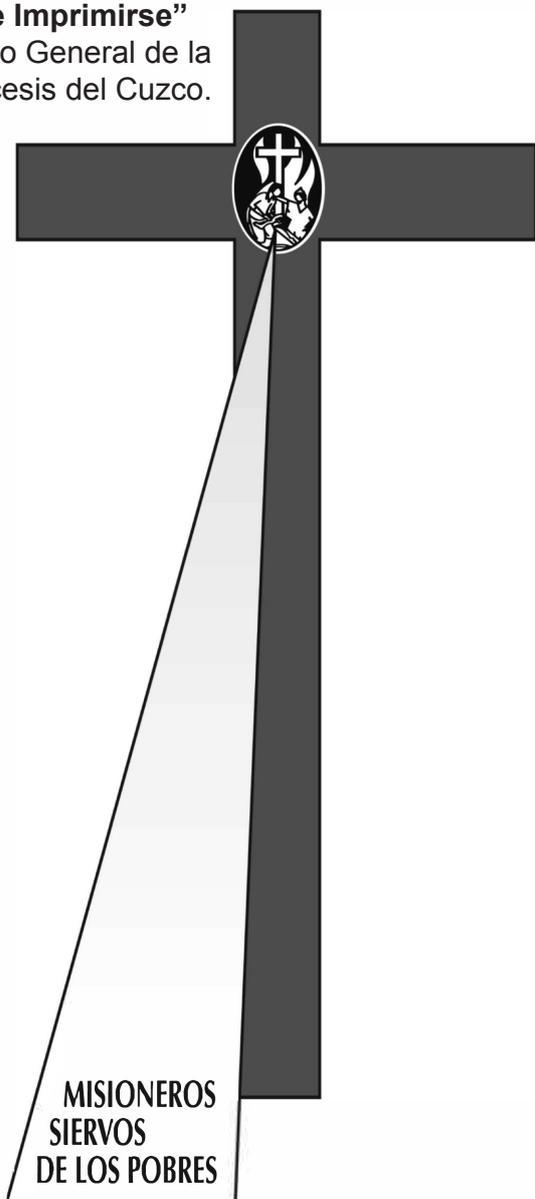
Pero distinto es (y ha de ser) cuando vemos que se cometen injusticias contra los demás (especialmente los más débiles): en esos casos debemos hablar, debemos condenar, debemos actuar (es la puesta en práctica más radical, aunque no la única, del actuar la misión profética que se nos ha dado en nuestro bautismo). En esos casos nuestro silencio nos haría cómplices de la maldad cometida, partícipes de ese pecado. ¡Malo, pésimo silencio exterior!

¡Hasta la próxima, y... buen discernimiento!

# Opus Christi Salvatoris Mundi

## Misioneros Siervos de los Pobres

Con autorización  
Eclesiástica  
"Puede Imprimirse"  
del Vicario General de la  
Arquidiócesis del Cuzco.



### MISIONEROS SIERVOS DE LOS POBRES

Es decir, diferentes realidades misioneras (Sacerdotes y hermanos consagrados, religiosas, matrimonios misioneros, sacerdotes y hermanos especialmente dedicados a la vida de oración y a la contemplación, socios, oblatos, colaboradores, grupos de apoyo) quienes comparten el mismo carisma y se remontan al mismo fundador.

### OPUS CHRISTI SALVATORIS MUNDI

Formado por aquellos miembros de los Misioneros Siervos de los Pobres, llamados a seguir un camino de consagración más profunda con las características de la vida comunitaria y la profesión de los consejos evangélicos según su condición. (Se tiende a ser reconocidos canónicamente como dos Institutos Religiosos: uno para la Rama Masculina, de los Padres y de los Hermanos, y otro para la Rama Femenina de las Hermanas)

### GRUPOS DE APOYO DEL MOVIMIENTO

Encaminados a la profundización y difusión de nuestro carisma, trabajando para la conversión de todos y cada uno de los miembros gracias a la organización de encuentros periódicos. A los miembros se les considera SOCIOS.

### OBLATOS

Enfermos, ancianos o encarcelados que ofrecen sus sufrimientos por los Pobres, así como todos aquellos que han acogido y hecho suyo en la vida el carisma de los Misioneros Siervos de los Pobres.

### COLABORADORES

Todo hombre de buena voluntad que quiera enamorarse siempre más de los pobres.

Los interesados escribir:

#### ESPAÑA:

**SEMINARIO "SANTA MARÍA"**  
Carretera a Mazarambroz, s/n  
45110 Ajofrín - TOLEDO (ESPAÑA)  
Tel.: (00-34) 925 39 00 66  
e.mail: seminario.msp@gmail.com

#### PERÚ

**Misioneros Siervos de los Pobres**  
P.O.BOX 907  
Cuzco (PERU)  
Tels. 0051 956 949 389 - 0051 984 032 491  
e.mail: msptm.cuzco@gmail.com

Visite nuestra página web: [www.msptm.com](http://www.msptm.com)



Síguenos en Facebook Misioneros Siervos de los Pobres / Missionary Servants of the Poor



Ahora puedes recibir este Boletín en formato PDF.

Puedes solicitarlo enviando un e-mail a [missionaricuzco@gmail.com](mailto:missionaricuzco@gmail.com)